

Homilías del Domingo 21 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según san Lucas

En aquel tiempo, Jesús, de camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando. Uno le preguntó: «Señor, ¿serán pocos los que se salven?» Jesús les dijo: «Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: “Señor, ábrenos” y él os replicará: “No sé quiénes sois”. Entonces comenzaréis a decir: “Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas”. Pero él os replicará: “No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados”. Entonces será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios y vosotros os veáis echados fuera. Y vendrán de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Mirad:” hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos”.

Palabra del Señor

Homilías

“Señor, ¿serán pocos los que se salven?”

Hoy es un amigo pero durante muchos años vivió entre la búsqueda y la indiferencia. Nunca había tenido una formación religiosa seria. Su padre se decía ateo. La madre era católica pero de esos católicos que diría el cómico Garisa: “Van tres veces a la Iglesia”. En la primera vez les echan agua. En la segunda, arroz. Y en la tercera, tierra”.

Se le ocurrió meterse en una de esas sectas que pululan por ahí. Y le impresionó la insistencia con la que repetían que solo se salvarían los “144.000” de que habla el Apocalipsis. Empezó a sacar cuentas. ¿Qué significan 144.000 para los seis mil millones que somos y los otros miles que todavía seremos? Esto le parecía

un rotundo fracaso de Dios.

Comenzó a leer la Biblia hasta que se encontró con aquel texto donde se dice que “Dios quiere que todos los hombres se salven”. Esto le llegó al corazón. Este Dios le gustaba más que el Dios de las matemáticas de la salvación. Desde entonces es un cristiano ferviente.

Este personaje anónimo que le pregunta a Jesús no está muy interesado por su salvación. Y tiene dudas de la salvación de los demás. Pregunta por los que se van a salvar. El se excluye. No le pregunta si “él se salvará”. Se parece a los locutores de radio o televisión que siempre dan las noticias de los demás, y nunca hablan de ellos mismos.

Es el problema de siempre:

Conocemos mejor los defectos de los otros que los propios.

Conocemos mejor la vida de los vecinos que la nuestra.

Conocemos mejor los pecados de los demás que los nuestros.

Hablamos más de los demás que de nosotros.

Hablamos más de los disparates ajenos que de los propios.

Los otros son siempre la noticia.

Nosotros no somos noticia para nadie.

Además es una pregunta de tacaño. No pregunta si serán “muchos” sino si “serán pocos”. A parte de tacaño, su pregunta es de pura curiosidad. Me da la sensación de ser uno de esos periodistas que les interesa sólo las noticias raras, las malas noticias. Decir que todos se van a salvar no es noticia. Pero decir que serán poquitos, eso da la impresión de ser una noticia llamativa, porque sería hablar del fracaso de Dios. Y eso sí es importante.

Jesús no responde a curiosidades. Y como siempre, le responde mostrándole el camino de la salvación. Le muestra la puerta por la que se entra a la salvación. Que aquí Jesús llama “estrecha”. Pero que en realidad es una puerta suficientemente ancha por la que

podemos entrar todos. ¿A caso no dijo El mismo “Yo soy la puerta”?

¿Qué sentido y qué importancia tiene el saber el número de los que se salven?

¿Acaso, sabiendo cuántos serán estoy asegurando la mía?

¿Acaso, sabiendo el número de los que se salven voy a mejorar yo mi vida?

Una pregunta tan tacaña: “pocos” ¿no está ofendiendo el amor de Dios que quiere que el mundo se salve y que no ha enviado a su hijo para condenar a nadie sino para salvarnos a todos?

Es cierto que nunca sabremos el número de los que se salven. Tampoco el número de los que se condenen. Pero, conociendo el corazón de Dios, yo doy por seguro:

Que en el infierno siempre habrá sitio, porque está bastante vacío.

Que los que se condenen serán siempre muy pocos.

Que el cielo estará a abarrotar.

Que el cielo tiene que llenarse de todas maneras.

Que en la puerta del cielo nunca pondrán ese letrero de “agotadas las entradas”.

Porque siempre habrá una entrada para el último que llegue.

¿Por qué será que nosotros tenemos un corazón tan pequeño? Es que nosotros tenemos una idea muy mala de la gente. Y la gente tiene mucho más de bueno que de malo. ¿Recuerdan a aquel payasito que llegó al cielo de improviso?

San Pedro quiso cerrarle la puerta, porque “tú nunca ibas a misa”.

Luego pasó un curita, lo vio y gritó: “ese nunca se confesó, ni echó un billete en la colecta”.

No podía faltar una monjita que se escandalizó y se santiguó: “¡Dios mío, con las cosas groseras que decía!”

Hasta que pasó Jesús y le dice con cariño: “Hola, amigo, ¿tú también por aquí? Entra tomemos una cervecita que estarás cansado.”

Pero, Señor, éste no iba a misa. Ya lo sé, dijo Jesús, ¡pero cómo divertía a los niños!

Pero, Señor, que éste no se confesaba. Si lo sabré yo, pero a cuántos que sufrían y estaban tristes los alegró y les hizo pasar unas tardes felices. ¡Cuántas veces él mismo tenía problemas en casa y sin embargo, prefería que la gente estuviese contenta y se distrajese unas horas de sus propias angustias”

Llegaron al rato otros, muy serios que sí fueron a misa, que sí se confesaban, que sí echaban buena limosna, que no decían groserías y a ellos les dijo: “la verdad que no os conozco”. Siempre fuisteis unos amargados. Yo me lo pasaba mucho mejor en el circo con este payaso, que en vuestras misas que me parecían velorios. No hicisteis felices a nadie. No hicisteis reír a nadie. Creíais que ser bueno era llevar una cara cuadrada, como si la alegría fuese un pecado, como si contar un chiste para que otros se rieran, fuese para santiguarse...

(B)

¿Me salvaré?

Es una pregunta que, de una u otra manera, nos hemos hecho todos. Es, por otra parte un deseo explicable y sano. Los cristianos que creemos en una vida futura en la que decimos que gozaremos para siempre con Dios, queremos llegar a esa vida y, por consiguiente, es lógico que nos preguntemos cómo podremos conseguirla.

Que la pregunta y el deseo es un hecho lo demuestra una cosa: la cantidad de recomendaciones que dentro de nuestra religión tenemos para asegurar la vida eterna. ¿Recordamos algunas? Pues: el escapulario que lleva consigo la seguridad "absoluta" de que, como máximo, vas al Purgatorio, de donde sales al "sábado siguiente" de tu muerte; los primeros viernes de mes, con promesa también de conseguir la vida eterna; las tres "Aves-Marías; las misas gregorianas aplicadas por un difunto para conseguir su rápida entrada en el Paraíso. Y otras muchas más... Tenemos una gran variedad de prácticas que aseguran la salvación. Y no me

burlo de ninguna de ellas. Simplemente las enumero como ejemplo de inquietud por la salvación.

Pero quiero añadir algo. Hay un peligro gravísimo en estas prácticas: el de separar la práctica de la vida, el de querer "comprar" la salvación con un plato de lentejas, el de poner el acento en la forma y el de descuidar así el verdadero camino por donde le llega al hombre la salvación.

Todos estamos de acuerdo en que el escapulario y los primeros viernes y las novenas milagrosas y las misas gregorianas, las hemos hecho compatibles con una vida privada y pública que apenas tenía relación alguna con el evangelio. Y así es seguro que los poderes del escapulario o los primeros viernes, no van a dar ningún resultado. Esto es seguro.

¿Nos salvaremos? para responder a esto hay que ir al evangelio. Y hay que rebuscar los pasajes en los que Cristo habla de la Vida eterna, aquellos pasajes en los que Cristo pone la asignatura sobre la que examinará a los hombres cuando se encuentren con Dios... Recordemos brevemente: ¿de qué habla Cristo cuando divide a los hombres a su derecha y a su izquierda? ¿Quizá de todas esas prácticas que los cristianos consideramos como llave mágica para abrir las puertas del cielo? Pues yo creo que no.

Ni por un momento, Cristo habló de ofrendas, ni de escapularios. Habló de algo que está más allá de cualquier práctica religiosa: hablo del amor de Dios traducido en el amor al prójimo, habló de dar de comer y beber, de visitar al triste, al enfermo y al encarcelado, de enseñar al torpe, de consolar a la viuda (el colmo del desamparo en su época...hoy serían otros...); y llamó bienaventurado, al que fuera capaz de sufrir persecución por causa de la justicia; y al que era manso y limpio de corazón, a aquel que miraba al mundo con ojos claros sin encontrar en los demás defectos en los que cebarse. Santa Teresa, captó perfectamente la asignatura y la resumió breve pero rotundamente: "al final de la vida te examinarán en el amor"... Dios mío, si la vida eterna se consiguiera con escapularios y con prácticas religiosas...¡estaría chupado! No, la vida eterna es algo muy serio y muy hondo.

El fariseísmo fue contemporáneo de la vida de Jesús y, sin embargo, la tentación del fariseísmo sigue estando presente.

Precisamente éste fue uno de los rasgos más llamativos de la persona de Jesús: el no quedarse en las apariencias, sino saber llegar al corazón y a la autenticidad de la personas. Es lo que le llevó a preferir a la mujer que amaba mucho, aunque hubiese pecado mucho; sobre el que se creía haber pecado poco y amaba también poco. Es lo que le llevó a decir que hay "últimos paganos" mejores que los "primeros judíos". Y que hoy también le podría llevar a decir que existen personas, a las que calificamos de "últimas" y que son mucho mejores que los que nos consideramos "católicos de toda la vida"...y que igual nos llevamos la sorpresa de que se nos cuelan en la puerta del cielo.

(C)

Hay un antiguo chiste de Mingote que puede considerarse como la versión cómica del evangelio de hoy: dos señoras están hablando a la puerta de la Iglesia y una le dice a la otra: "Al cielo, lo que se dice al cielo, únicamente iremos las católicas de toda la vida".

El fariseísmo fue contemporáneo de la vida de Jesús y, sin embargo, la tentación del fariseísmo ha sido un peligro real para la Iglesia del pasado y del presente. Y lo mismo se puede decir del particularismo religioso. Les costó mucho a los judíos aceptar que el Dios de Israel era, al mismo tiempo, el Dios de todos los hombres...

Quiero subrayar el peligro de los católicos de toda la vida de los que ironizaba Mingote.

El peligro de creer que la salvación se consigue por prácticas externas y no por una conversión del corazón, por un esfuerzo por entrar por la puerta estrecha y exigente del mensaje de Jesús. Los contemporáneos de Jesús se sentían tranquilos para llamar a su puerta porque habían comido y bebido con El y le habían oído enseñar en sus plazas.

Nosotros podemos decirle que somos de una familia católica de toda la vida, que venimos todos los domingos a Misa...que hasta hemos hecho los primeros Viernes, llevamos el escapulario de la Virgen del Carmen y se nos dirán no se cuántas misas después de nuestra muerte... Con todo esto, tenemos asegurada la salvación.

Creer que ésta es la vida cristiana que nos pide Jesús, que esto es entrar por la puerta estrecha, significa hacer del mensaje de Jesús un subproducto que poco o nada tiene que ver con lo que El nos pide...Y nos podemos llevar la sorpresa de los contemporáneos de Jesús: “Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos”.

Hay teólogos que son los primeros en hablar de Dios y en atreverse a hacer toda clase de afirmaciones, sin apenas nunca buscar una relación personal con El y abrirse a su llamada. Y, por el contrario, hay personas sencillas, que no saben hablar de Dios, pero saben hablarle y gritarle desde el fondo de su corazón con la confianza de un hijo hacia su Padre. Estos serán los primeros en experimentar la bondad de Dios.

Hay moralistas y predicadores que somos los primeros en precisar las obligaciones éticas y exigir con rigor el cumplimiento de los deberes cristianos al pueblo fiel. Pero estos moralistas y predicadores no somos tan radicales a la hora de vivir personalmente estas exigencias...Y, por otro lado, hay hombres y mujeres sencillos, de una honradez total interior, que no saben dar muchas explicaciones de su forma de actuar, que incluso hablan poco de "ética", pero que saben escuchar con responsabilidad la llamada de su conciencia e intentan seguirla. Estos serán los primeros en encontrarse con Dios.

Hay creyentes revolucionarios que son los primeros en lanzar consignas de justicia y solidaridad para crear una sociedad más humana y justa, pero sin que manifiesten en su vida personal un esfuerzo serio por ser más humanos, por vivir con esa austeridad que predicán, por estar de verdad cerca de los necesitados. Y hay hombres y mujeres que no gritan demasiado. pero que son generosos, comparten lo que tienen con sencillez, intentan estar cerca de los pobres y de los que sufren, también estos serán los primeros en disfrutar del reino definitivo de la justicia.

Precisamente éste fue uno de los rasgos más llamativos de la persona de Jesús: el no quedarse en las apariencias. sino saber llegar al corazón y a la autenticidad de las personas. Es lo que le llevó a preferir a la mujer que amaba mucho, aunque hubiese pecado mucho, sobre el que se creía haber pecado poco y amaba también poco. Es lo que le llevó a decir que había "últimos"

paganos mejores que los "primeros" judíos. Y que hoy también le podría hacer decir que existen personas, a las que calificamos de "últimas" y que son mucho mejores que los que nos consideramos "católicos de toda la vida..."

(D)

Hay frases en el evangelio que nos resultan tan duras y molestas que, casi inconscientemente, las encerramos en un cómodo paréntesis y las olvidamos para no sentirnos demasiado interpelados.

Una de ellas es, sin duda, ésta que escuchamos hoy de labios de Jesús: "esforzaos en entrar por la puerta estrecha".

Estamos caminando hacia una sociedad más tolerante y permisiva. Y esto que, sin duda, tiene aspectos grandemente válidos y enriquecedores, está provocando lo que algunos llaman "involución moral"...O un deterioro de la moralidad.

Muchos comportamientos éticamente reprobables que antes permanecían en la esfera de lo privado, son aireados y exhibidos públicamente con todo desparpajo.

Por otra parte está imponiéndose en determinadas áreas, una permisividad jurídica cada vez mayor (infidelidad matrimonial, aborto, corrupción...) Y, naturalmente, cuando la ley civil es suavizada o se hace más tolerante, se produce un "vacío moral" en aquellos que han tomado erróneamente la ley civil como guía de su conducta.

Pero, la crisis moral tiene raíces más profundas. La sociedad actual está haciendo nacer un tipo de hombre "amoral".

Esta sociedad de consumo ataca el núcleo moral de la persona y lo desmoraliza, colocando en primer término el valor de las cosas y empobreciendo el espíritu humano de las personas.

Se toman en serio las banalidades y se pierde de vista lo profundo. El hombre se afana por demasiadas cosas y se le escapa el alma.

La competencia se transforma en agresividad. Las relaciones humanas se desintegran. La producción es una búsqueda imparable de lucro. El amor se degrada y la sexualidad se convierte en un producto más de consumo.

Pero, precisamente en esta sociedad, hay hombres y mujeres que están descubriendo que es necesario entrar por la "puerta estrecha", y que esto no se es un moralismo raquíico y sin horizontes, sino que se trata de un comportamiento lúcido y responsable. "La puerta estrecha" es la puerta por la que entran los que se esfuerzan por vivir fielmente el amor, los que viven al servicio del hermano y no tras la posesión de las cosas, los que saben vivir con sentido de solidaridad y no desencadenando agresividad y violencia.

(E)

Sólo el amor nos puede salvar

El Domingo 7 de marzo del 2010, se publicaba un artículo de Paolo Coelho, titulado la "Ley de Jante", que traducida a la vida ordinaria pudiéramos llamarla "Ley de la mediocridad", "Ley del mínimo esfuerzo".

Una ley que facilita una vida sin líos ni problemas con los demás. Mientras vivas agazapado en la mediocridad de cada día, nadie se meterá contigo. Claro que Coelho le da otra versión mucho más positiva y dinámica:

"Tú vales mucho más de lo que piensas. Tu trabajo y tu presencia en esta tierra son importantes, aunque no lo creas.

Claro que, si piensas de esta forma, vas a tener muchos problemas por estar transgrediendo la Ley de Jante, no te dejes intimidar por ellos, continúa viviendo sin miedo y acabarás venciendo".

Lo he vuelto a leer hoy al meditar el Evangelio de este Domingo 21 c del ordinario, y que yo titularía "La ley de la tacañería o de los tacaños": "Señor, ¿serán pocos los que se salvan?". Y que también Jesús trata de cambiar. Frente a la salvación por la ley, Jesús nos ofrece la salvación por el amor.

Claro que, al igual que la Ley de Jante, también la salvación mediante la Ley ofrece menos problemas y menos complicaciones. Cumplir la Ley es el camino de la salvación. Y

quien se somete a la ley será bien acogido por los jefes y responsables. Somos santos por cumplir la ley, aunque luego nuestro corazón viva mustio y apagado, achatado e insensible para con el resto de los hombres. Cumplir la ley es no crear complicaciones a los que mandan.

Pero Jesús no ha venido a anunciar la salvación por la ley, sino la salvación por el amor. Y él mismo fue la primera víctima por no someterse a la pobreza y a la mediocridad de la Ley. Si se hubiese sometido a la Ley no le hubiese pasado nada. Nadie le molestaría ni nadie la condenaría a muerte. Pero anunciar la “ley del amor” y reducir todas las demás leyes a dos solas: amar a Dios y amar al prójimo, es un atrevimiento que luego se paga caro.

Jesús la llama “ley de la puerta estrecha”, cuando en realidad la verdadera estrechez está en la Ley. Es que muchos se imaginan que vivir del amor es peligroso. La mayoría sigue creyendo más en la eficacia de los Diez Mandamientos que en la fuerza de las Ocho Bienaventuranzas. Siguen creyendo que el amor se presta a que cada uno haga lo que le viene en ganas y salga del control de los que mandan.

Los padres tienen más fe en su autoridad que en su amor.

Por eso luego tenemos hijos inmaduros e inseguros.

Los educadores prefieren el rigor de su autoridad a la bondad de una sonrisa, de la comprensión o de una palabra amable.

Así tenemos alumnos soldados y no hombres libres.

La autoridad tiene más fe en la fuerza que en el respeto y valoración de las personas.

Preferimos la obediencia al Derecho Canónico que el amor del Evangelio. La ley “de la mediocridad”.

La ley se convierte siempre en la medida de nuestra estatura humana y espiritual.

La ley se convierte en la meta de todo ideal. Por eso la ley impide crecer. Basta estar siempre en el mismo sitio y no pretender mayores ascensiones. Basta ser obediente, por más que nunca experimentemos la iniciativa de la creatividad personal.

Mientras tanto el amor nos hace libres.

El amor cree y se fía de las personas y las deja crecer aunque se salgan con frecuencia de los marcos establecidos y abran caminos nuevos.

Con la ley nunca tendremos héroes que escalen altas y peligrosas montañas.

Con la ley nunca tendremos héroes que se arriesguen a lo desconocido.

Con la ley nunca tendremos quienes piensen distinto a nosotros y se dediquen simplemente a repetir lo de siempre, lo que nosotros pensamos.

Es fácil vivir guiados y marcados por la ley, porque el camino ya está hecho y señalado y no hay desvíos ni cruces. Todo está señalizado en la vida. La salvación no tiene sino un solo camino.

No hay peligro de equivocarse. ¿Cuántas veces no hemos escuchado que “el que obedece nunca se equivoca”?

En cambio, vivir del amor claro que es siempre más peligroso porque el amor es siempre creativo y vive de la libertad del Espíritu. Y el Espíritu es viento que sopla y empuja, recrea: “Ven Espíritu Santo y recrea la faz de la tierra”.

Vivir del amor es vivir cada día atentos a las nuevas oportunidades, a las nuevas sorpresas de la vida, a la originalidad diaria de Dios que nunca se repite.

¿Es el amor la “puerta estrecha”? Es posible.

Porque el amor es siempre más exigente.

Porque el amor es siempre más libre y la libertad es riesgo.

Porque el amor es siempre más comprometido.

Porque el amor es siempre más generoso.

Porque el amor es siempre más atento a las necesidades de los demás.

Porque el amor es siempre más sorpresivo.

Ante la pregunta tacaña de la ley “¿Serán pocos los que se salven?” tendremos siempre la respuesta del “amor que quiere que todos se salven y que no se pierda ninguno”. Y por eso mismo “vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur, y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios”.

